

# La Política Exterior en el contexto de la Globalización

Lic. Luis Maldonado Venegas\*

En años recientes nos hemos acostumbrado a escuchar un gran número de referencias a la globalización. No es exagerado mencionar que en prácticamente todos los ámbitos se habla de ese fenómeno del que México participa.

En la búsqueda de una definición de globalización, encontramos la siguiente definición, que, consideramos sirve para los propósitos del presente trabajo: “La globalidad es, esencialmente, un fenómeno de simultaneidad mundial de flujos y nuevas formas de poder, en el que la información, los capitales y las mercancías, así como los individuos atraviesan – mediante la informática– las fronteras sin ningún límite, lo cual produce una nueva modalidad de identidad: nómada y fragmentada, desligada de los “tradiciones nacionales cerradas”.<sup>1</sup>

De acuerdo con esta opinión, las relaciones internacionales que tienen lugar entre los países, adquieren nuevas características, mismas que no habían aparecido en una buena parte del siglo XX.

A ello contribuye, por una parte, el cambio en la correlación de fuerzas entre las potencias, particularmente el derrumbe del socialismo y la caída de la Unión Soviética, emergiendo un centro hegemónico mundial como los Estados Unidos y, por otro lado, la revolución tecnológica que ha generado vertiginosas transformaciones en todos los terrenos.

Si a lo largo de su historia, la política exterior de México contribuyó de manera decisiva a la construcción de una identidad nacional, ahora las circunstancias representan un desafío, pues resulta imprescindible mantener esa tradición, mediante una estrategia que debe contener una gran dosis de equilibrio, pues las condiciones imperantes en el concierto mundial deben ser leídas correctamente.

Las cada vez más estrechas relaciones comerciales, así como la existencia de medios de comunicación y de intercambio de información exigen de una política exterior que, debe enfatizarse, preserve la identidad de un Estado conformado por una extensión territorial y por una población con intereses comunes que resista y sobreviva a la mayor interrelación en un mundo globalizado.

La existencia de regiones que comparten intereses tanto comerciales, así como de coincidencias históricas, tal como ocurre en América Latina, son una inmejorable oportunidad que no debe desaprovecharse.

---

\* Presidente del Comité Ejecutivo Nacional de Convergencia.

<sup>1</sup> RICARDO POZAS HORCADITAS, *Globalidad*, CFE Léxico de la Política, México, 2000, pp. 280.

Al respecto, conviene señalar que una buena parte de los países latinoamericanos han reaccionado con escepticismo ante la decisión adoptada por México a partir del año 1994, cuando entró en operación el Tratado de Libre Comercio que signó con sus vecinos del Norte, los Estados Unidos de América y el Canadá.

En la opinión de varios dirigentes de países latinoamericanos, este fue un desacierto estratégico, pues en aras de avanzar en el desarrollo económico de nuestro país, se desatendió a la comunidad latinoamericana con quienes existían fuertes lazos de cooperación internacional y comercial.

El viraje experimentado por la política exterior mexicana, que podríamos identificar en la apuesta por la inclusión de proyectos de carácter comercial, más que por preservar la tradición como Estado nacional, ha venido siendo examinada en los años recientes.

Al respecto, se han escuchado voces que han apoyado esa postura de manera acrítica, pues argumentan que no existía otra posibilidad y, haber actuado en sentido contrario, habría cancelado las posibilidades de inserción de México en los cambios que venían ocurriendo a escala mundial.

No obstante, el rumbo que han tomado los acontecimientos en los albores del Siglo XXI, han mostrado que, contrario a la posición que exigía sumarse de manera incondicional al bloque comercial con los países del Norte del continente, en aras de posibilitar el desarrollo económico de forma rápida, generó repercusiones que, o bien fueron minimizadas, o no fueron reveladas en su momento.

De esta forma, ahora asistimos a expresiones que tienen que ver con ciertos aspectos de la Globalización y la apertura comercial indiscriminada, como lo constituye el signar convenios que, lejos de solucionar las desigualdades que existen entre tacones con características disímolas, incrementan las asimetrías de su estructura económica, como ha ocurrido en el caso de México con respecto a los Estados Unidos y el Canadá.

A pesar de esta lección, que debiera ser analizada más profundamente, se quiere mantener el rumbo de la apuesta por un intercambio desigual, en el que el valor de las importaciones supera por mucho a los esfuerzos de la planta exportadora, manteniendo las relaciones de dependencia que, México, como cualquier nación en vías de desarrollo, mantiene con el mundo altamente industrializado.

Los desafíos a la política exterior son múltiples y variados, pues no son sólo de orden económico. En nuestro caso, estamos enfrentando viejos problemas que han tomado nuevas características, como el muy complicado tema de la búsqueda de un acuerdo migratorio con los Estados Unidos de América.

Varios factores han contribuido a dificultar el anhelado acuerdo, ya sean las restricciones impuestas por los atentados terroristas del 11 de septiembre, la contienda electoral para renovar tanto al titular del Poder Ejecutivo, así como a los integrantes del Congreso en el vecino país.

El resultado es que se tiene la percepción de que la actual política exterior mexicana no responde a una estrategia fincada en su mejor tradición, cuando alcanzó el reconocimiento internacional por la coherencia de sus propuestas. Al parecer, a lo que asistimos ahora es a una serie de decisiones que se adoptan con mucha cautela para no contrariar los intereses de la potencia que se ha erigido como el guardián del orden mundial.

Que decir de las estériles confrontaciones que han deteriorado las relaciones con varias naciones latinoamericanas, situación que nunca ocurrió en el pasado.

No obstante, los desaciertos deben dar paso a una política exterior que centre su atención en preservar la soberanía e identidades nacionales, pese a las dificultades del entorno mundial, pues como ya se ha señalado, en el concierto de las naciones existen ventajas que pueden ser aprovechadas para tal fin. Actuar en sentido contrario sería muy riesgoso y podría conducir al país a una situación que pusiera en riesgo esos dos anhelados valores.

Lo que deseamos resaltar es que en un mundo globalizado, pese a las opiniones que apuestan en contra, es posible enarbolar una política exterior digna sin caer en excesos de lo que se ha denominado un “nacionalismo trasnochado” y un aislamiento que apuesta por el pasado.

Si pasamos por alto las desigualdades que han cobrado carta de naturaleza con el proceso de globalización, corremos el riesgo de negar la dinámica que acompaña el desenvolvimiento de la vida social.

Por lo tanto, hay que rescatar lo que nos fortalece como nación en las condiciones que prevalecen actualmente, pues evidentemente, la solución a nuestros problemas no se encuentra en una cancelación de nuestra historia como un país independiente, adoptando una actitud sumisa e incondicional ante los designios de la potencia que considera poseer el derecho de orientar con sus designios el rumbo que deben adoptar todo el conjunto de naciones.

En una época en que han proliferado los organismos multilaterales, ha llegado la hora de evaluar la actuación de éstos, a la luz de hechos recientes, como las guerras ocurridas en Afganistán e Irak.

Resulta inaceptable que, en nombre de preservar la democracia occidental, se actúa en contra de millones de seres humanos, con el argumento de que si no se procede así, se enviarán signos de debilidad ante los presumiblemente protectores del terrorismo.

Lo anterior viola flagrantemente la convivencia de las naciones y el derecho internacional, poniendo en riesgo inclusive, la paz mundial, al actuar unilateralmente con la sinrazón de las armas.

Sobre este particular, es de gran importancia lo que señala un autor: “No puede ignorarse a este respecto que los comportamientos y responsabilidades del Primer Mundo y del Tercero, aunque desiguales, de todos modos se suponen y condicionan mutuamente. La debilidad, o la irresponsabilidad e incompetencia, de las elites dirigentes públicas y privadas del Primer y del Tercer Mundo y de los organismos internacionales, bajo las coacciones y controles de grupos particularistas e intereses creados, se reflejan en sus actitudes y comportamientos hacia los peligros globales, en sus ideologías esclerosadas, su conciencia insuficiente, sus concepciones inadecuadas, sus falsas prioridades, su ineficaz voluntad política, las consiguientes carencias en términos de opciones constructivas, estrategias preventivas, tratamiento completo y oportuno, soluciones de emergencia y mero ajuste, estructurales y de largo plazo”.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> MARCOS KAPLAN, *Estado y Globalización*, UNAM, México, 2002, pp. 400-401

Este es un diagnóstico que se inscribe en un análisis crítico acerca de las repercusiones de la globalización en el concierto internacional de las naciones, tratando de llamar la atención acerca de los conflictos que se manifiestan, tal vez con un nuevo rostro en algunas ocasiones, pero que vienen arrastrando desde tiempo atrás como conflictos étnicos o religiosos, entre otros, y que sólo esperaban una oportunidad para resurgir con mayor vigor.

La desigualdad que prevalece entre el Norte desarrollado y el Sur atrasado y pobre, seguirá generando incesantes flujos migratorios para arribar a las naciones del Primer Mundo, en la búsqueda de las oportunidades que los desequilibrios no superados impiden satisfacer.

Mientras no se reconozca este fenómeno y su válida razón de ser, se estará actuando en contra de la conformación de sociedades pluriculturales y multiétnicas que han existido a lo largo de la historia y, en las condiciones actuales de interrelación entre naciones, es previsible que tomen carta de naturalización en todas las regiones del mundo, particularmente en los territorios donde se asientan los países del Primer Mundo.

Retomando el tema de la política exterior que debiera seguir México en la era de la Globalización, queremos opinar lo siguiente, además de lo ya mencionado, en aras de contribuir a un diseño de dicha materia, y sin ánimo de imponer criterios, pues la etapa de posiciones unívocas ha sido superada afortunadamente.

Desarrollar una estrategia que contemple la diversidad de roles que corresponde desempeñar al Estado mexicano en el contexto mundial, debido a que, indudablemente, deberán articularse una serie de estrategias que se complementen, tanto para relacionarse con los socios comerciales del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, vincularse con los países latinoamericanos y del Caribe, dar a conocer los nuevos tiempos que recorren al país a los integrantes de un continente tan importante como Europa, además de establecer lazos comerciales con los países del sudeste asiático, sin olvidar a las demás regiones que la variedad geográfica del mundo ha conformado.

Lo que deseamos resaltar es la heterogeneidad de los actores con los que México debe vincularse, lo cual, deriva en una complejidad acerca de las connotaciones que puede adoptar su política exterior.

Otro aspecto en el que podría intentarse una mayor participación lo constituye el tratar de incidir en una mayor determinación para actuar e incidir en la toma de decisiones de organismos multilaterales como podría ser la Organización de Naciones Unidas, a raíz de la necesaria reconfiguración que requiere luego de los conflictos bélicos que han tenido lugar en Afganistán e Irak, además de la crisis que tuvo como escenario la ex Yugoslavia, sólo por mencionar algunas de las más conocidas y recientes conflagraciones ocurridas en el mundo.

Resulta indudable que México debe propugnar por un orden mundial más justo, lo que significa actuar con mucha inteligencia, sin querer desempeñar un falso papel protagónico que le signifique choques con países o regiones, por desear participar de manera más "activa" en el escenario de las relaciones internacionales, arrojando un saldo negativo, como el que caracterizó al primer gobierno surgido de la oposición, luego del largo predominio priísta.

Sin embargo, más que buscar culpables a quienes atribuir los desaciertos, que, desafortunadamente los hubo, es necesario aprender de las lecciones que la historia nos otorga.

No hacerlo equivale a correr el grave riesgo de incurrir en los mismos errores con las previsible consecuencias de falta de interés hacia las propuestas que México genere en la materia, ya sea en el plano de las relaciones comerciales o, como ya se ha dicho, en los planteamientos que se formulen con respecto a la actuación que podrían seguir algunos organismos multilaterales.

Ya nos hemos referido a las ventajas, pero también a los riesgos que representa la Globalización. Ante ello, es imperativo actuar de manera plenamente responsable, con la representación de un Estado que desea ser escuchado en el concierto internacional, y mostrar que existe la capacidad de mostrar hacia fuera la madurez que se ha adquirido durante la transición democrática en la que estamos inmersos, a fin de aprovechar ese superávit y ser reconocido como un interlocutor importante en el escenario de las relaciones internacionales.